



LUIS GONZALO SEGURA

Carlos Herrera, el Ejército y los gilipollas

A estas alturas parece imposible aspirar a una semana tranquila, pero al menos se pretende que los domingos, el Día del Señor, a uno le dejen rezar al Todopoderoso con tranquilidad, más que nada por ver si este mundo que ha creado sigue siendo tan maravilloso. No parece que los deseos vayan en concordancia con los designios del Señor y, claro está, siempre hay alguien que te revienta el desayuno espiritual. Esta semana le tocó a Carlos Herrera y su inefable **“El Ejército y los gilipollas”**, que por otra parte me ha permitido titular la entrada de blog sin que ello suponga un exabrupto, sino solo un revés cruzado a su saque.

Para señalar como gilipollas a Pedro Santiesteve y Ada Colau, el prestigioso periodista comenzaba su entrada con un cimientito no más sólido que las/sus arenas movedizas: “Convendría conocer al Ejército Español mejor de lo que se le conoce”. Lo hacía como si él tuviera un conocimiento que los anteriores no poseen y que, además, lo hubiera obtenido como el que sale por la puerta de su casa y acude al quiosco. Según Carlos Herrera, Pedro Santiesteve y Ada Colau se empeñan en salir a la calle y taparse los ojos para no tropezarse con un moderno Ejército Español cuyo resplandor ciega más que el Arca de la Alianza de Indiana Jones. El problema de realizar tan formidable aseveración sin tener ni puñetera idea de lo que ocurre en los cuarteles, salvo por lo que le transmiten sus amigos generalotes o los brillantes relojes *Omega* de estos, radica en que las manifestaciones sobre las miserias castrenses se acumulan en los últimos tiempos: teniente Cándón, teniente Company Cros, capitán Patricia Campos, comandante Cantera, padre del fallecido teniente Sebastián Ruiz, padre del también pericido sargento Ojeda, Iván Ramos, Andrés Merino, Javier Fontao... Lista que, desgraciadamente, se verá aumentada en los próximos años con una pequeña parte, pero más que considerable, de los más de 4.250 discapacitados despedidos y de los más de 50.000 militares que pueden perder su trabajo en los próximos años. Casi 55.000 perjudicados, me temo, le terminarán por explicar a Carlos Herrera que los generales con los que se codea no le han contado, exactamente, lo *maravillosa* que es la vida castrense.

Porque si se analiza rigurosamente el discurso de Pedro Santiesteve solo podemos concluir que desea unas Fuerzas Armadas modernas, democráticas y antimilitaristas. Término este último que no se ha querido comprender y que ha servido para el ataque final de los rancios. Que también son clones o actúan como tal. Antimilitarista quiere decir civilizado o, lo que es lo mismo, que nuestra milicia pierda todo lo que Franco le dejó en herencia (justicia militar, cúpula negligente y golpista, familias militares engordando la pirámide militar hasta

reventarla) y adquieran en el siglo XXI lo que el siglo XX ya ofrecía (sindicatos, derechos y libertades) para adecuarse a Alemania, Bélgica, Holanda o Noruega. Y antimilitarista también es sinónimo de vida, porque Noruega canceló los vuelos similares al Yak-42 tras una única queja, mientras nosotros asistimos al entierro de 62 féretros, bien envueltos en la bandera de España, después de 14 quejas, una pregunta parlamentaria y un informe de los servicios secretos (y unas corruptelas marca de la casa).

Y si se estudia la decisión de Ada Colau de no permitir que el Ejército esté en un salón educativo habría que hacerlo desde términos críticos. Igual que me parece increíble que más de cien mil personas piten y reprueben un himno en un estadio de fútbol y nos contentemos con que todas esas personas han sido carcomidas por el odio y engañadas de forma falaz por el nacionalismo en lugar de preguntarnos qué podemos estar haciendo mal, no llego a comprender cómo se puede solventar con dos coces y tres insultos que toda una alcaldesa de Barcelona decida que el Ejército Español no debe estar en un salón educativo. No, ciertamente, el problema no es el odio. A lo mejor, tendríamos que relacionar tal decisión con el ascenso a general de los que fueron golpistas y marcadamente antidemocráticos durante el 23-F (junto a la purga de todos los que se mostraron demócratas). Siniestros personajes como el teniente general Mena y sus amenazas a Catalunya en el año 2006 o las recientes aseveraciones del teniente general Gómez de Salazar priorizando el deber militar a los derechos humanos o equiparando a las asociaciones militares con el yihadismo son razones más que suficiente para excluir a una institución de un salón educativo. Yo tampoco quisiera que un ejército que premia a golpistas o pisotea los derechos humanos sirviera como ejemplo a los más pequeños, pues lo que corresponde a nuestras Fuerzas Armadas es más bien todo lo contrario a educar: educarse. Y soy militar y amo mi profesión, pero no tal y como a día de hoy opera, no mientras abandona y trata de forma miserable a sus propios soldados y discapacitados. No mientras pisotea los derechos humanos.

No obstante, sería bueno que Carlos Herrera preguntara a sus amigotes generales en alguna comida, cena o evento por todos los oficiales delincuentes que sirven en las fuerzas armadas. Esta semana hemos sabido que la lista se va a incrementar, pues los tres militares condenados por sus prácticas mafiosas en el Hospital Gómez Ulla continuarán en sus puestos una vez cumplan sus condenas (eso sí, con putas, relojes, jamones, comisiones, trabajos ficticios, servicio de limpieza, yates, motocicletas y mucho más en el zurrón). Se unirán, pues, al teniente coronel que acosó a una capitán, al capitán que agredió a 28 reclutas, al teniente que robó portátiles y los vendió en EBay, a los miles de militares que engañaron a los contribuyentes con facturas falsas de mudanza (10,5 millones de euros), al teniente que intentó violar a una cabo... No parece este, sinceramente, un cuerpo militar digno de ningún ejercicio didáctico, al menos yo no osaría presentarlo a ningún concurso o premio que gozara de cierta higiene. Y, puestos a pedir, no estaría de más que tan ilustre periodista se dignara a informar en los medios de comunicación sobre todas esas noticias que terminan sepultadas bajo el desfile de palabras tan grandilocuentes como apócrifas en reportajes tan complacientes con la cúpula militar que cualquiera diría que son pagados y dictados desde las altas instancias. Ese sería un gran servicio a la patria.

Sinceramente, no creo que Carlos Herrera sea un gilipollas, aunque sería un colofón magnífico a esta entrada, sino que, como le ocurre a muchas otras personas (por ejemplo, Alfonso Ussía),

tiene una falsa imagen del ejército construida en base al relato de los generalotes, amigos o familiares y teme que su destrucción termine de alguna forma dañando a España. Curiosamente, nada emponzoña más a España y al Ejército que este tipo de defensas patrióticas que ejecutan las pocas posibilidades de cambio que existen y respaldan a los corruptos y caciques que dirigen nuestras Fuerzas Armadas.

En mi opinión, no es tiempo de exaltaciones ni de insultos, es tiempo de autocrítica.

Luis Gonzalo Segura, exteniente del Ejército de Tierra, portavoz de OATM y autor de dos novelas (*Un paso al frente* en 2014 y *Código rojo* en 2015).